

Javier Serrano

Papá,
el niño también es tuyo

 ediciones
ÁMBAR

Para Sara, risueña, alegre, inquieta, curiosa, cabezota, incisiva, incombustible, extenuante... Vamos, la hija perfecta para inspirar un libro como este.

Y para Alberto, que es como Sara pero más chiquitín.

INTRODUCCIÓN

Vivimos una época en la que se ha vuelto a poner de moda tener hijos. Bueno, en todas las épocas nacen niños, pero hay fases en las que parece que la gente se anima más. Y actualmente son muchísimos los hombres que cada día ingresan en el Club de la Paternidad.

En los últimos tiempos han proliferado los libros que hablan sobre bebés y los primeros años de vida del niño. Unos para enseñarles a dormir, otros porque el chaval no me come, unos cuantos más para aprender a entenderles y educarles...

Pero hay dos características que tienen en común casi todos estos libros: que están escritos por profesionales —educadores, pedagogos, médicos, psicólogos...— y que la mayor parte de ellos los leen las mujeres, las nuevas madres. A nosotros nos interesan menos, la verdad, así que mientras ella lee con sumo interés un libro que explica con todo lujo de detalles por qué mi hija se enrabieta justo cuando tenemos visita —pues porque le molesta la gente plasta, supongo, como a mí— yo pongo la tele y veo un capítulo de «House».

—Mira, Javi —me dice interrumpiendo mi capítulo de «House»—, aquí dice que en esta época empiezan con terrores nocturnos. ¡Seguramente por eso se está despertando últimamente!

Pues vale, será por eso. La verdad es que me da un poco igual, pero al menos finjo interés, ya que ella se está tomando la molestia de tratar de aprender sobre los comportamientos de nuestra hija.

Entonces, ¿qué aporta este libro que tienes entre las manos? En primer lugar, que no está escrito por un profesional, sino directamente por un padre; muy observador, eso sí, pero un simple padre. Porque las enseñanzas de los profesionales están muy bien, sobre todo en el plano teórico, pero falta la visión práctica de uno de los grandes protagonistas de la educación de los niños y, al mismo tiempo, el gran olvidado en esta historia: el padre.

Y en segundo lugar, este libro, al contrario de todos los que pueblan las estanterías de las librerías, va dirigido fundamentalmente —aunque no exclusivamente— a hombres, a padres primerizos. O, idealmente, a hombres que estén a punto de convertirse en padres primerizos, para advertirles de lo que se les viene encima.

¿Y cuál es el mensaje de este libro? El mensaje más importante es una llamada a la responsabilidad paternal. Una sencilla cuenta matemática nos llevará a la conclusión de que el padre es la mitad del binomio padre-madre, y se debe comportar como tal. Ya han pasado los

tiempos en los que la educación y el cuidado de los hijos eran tareas socialmente encomendadas a la madre. Un conocido mío decía que él no pensaba mover un dedo hasta que sus hijos cumplieran 12 años. «A partir de ahí, ya puedo aportar cosas, pero hasta ese momento, se encarga su madre.»

Aunque queda mucho camino por recorrer, vamos avanzando en la buena dirección en lo que se refiere al reparto de tareas. Ahora que la gran mayoría de las mujeres se ha incorporado al mercado laboral, también la *gestión de los hijos* tiene que cambiar. Por cuestiones puramente naturales, sigue existiendo una tendencia a que la mujer lleve la voz cantante en muchos aspectos —a ver qué padre es capaz de dar el pecho—, e incluso a que se sienta más confiada a la hora de realizar determinadas tareas, porque por algún motivo tienen una facilidad innata para ciertas cosas que nosotros no tenemos. ¿Os habéis fijado, por ejemplo, cómo coge una madre a su hijo desde el primer momento, con qué soltura? Pues la primera vez que nos lo ponen encima a nosotros, nos ponemos más rígidos que Robocop.

Pero esa mejor predisposición de ellas al trato con los niños no nos autoriza a desentendernos de nuestras obligaciones, sino más bien al contrario: nos obliga a un mayor esfuerzo para equilibrar las cosas. De ahí el título del libro: *Papá, el niño también es tuyo*. Pues eso, a atarse los machos en el doble sentido de la expresión.

El segundo motivo por el que este libro va dirigido a padres es que yo soy uno de ellos. ¡Soy de los vuestros! Y este trabajo está elaborado desde la experiencia: tienes entre las manos una guía con consejos y recomendaciones de cómo nos debemos comportar en determinadas situaciones. Por supuesto, el libro está escrito desde el reconocimiento de nuestras limitaciones, nuestra ignorancia, nuestra torpeza, nuestra disposición a obedecer —aunque muchas veces no entendamos nada— porque se trata de saber actuar en cada circunstancia, nada de extralimitarse. En definitiva, he tratado de plasmar la visión del padre, ese elemento indefenso, bamboleado sin piedad por las circunstancias, que por mucho que se esfuerce en hacer las cosas bien nunca será suficientemente reconocido. Padre, lee y siéntete identificado con otros de tu especie.

¿Es también un libro para mujeres? Hombre, pues sí. Porque es bueno que ellas sepan que nosotros le echamos nuestra mejor voluntad, y que si a veces no cumplimos sus expectativas no es por falta de empeño sino porque necesitamos hacer el rodaje, como los coches. Por eso pedimos comprensión —snif, pobrecitos nosotros— y un poco de paciencia a cambio de la promesa de que vamos a poner toda la carne en el asador para convertirnos en padres ejemplares y voluntariosos.

Sin duda, habrá algunas madres —las más malvadas— que utilizarán este libro como arma arrojadiza. «¿Ves, tarrugo, lo que dice aquí? Pues a ver si aprendes, que eres

más inútil...» Se llaman daños colaterales, pero el autor queda eximido de toda responsabilidad sobre el uso inadecuado del presente volumen.

En cualquier caso, compañero, bienvenido al apasionante mundo de la paternidad.

EL EMBARAZO

Esto de tener hijos empieza... En fin, todos sabemos cuál es el primer paso en esto de fabricar un niño, para qué vamos a entrar en detalles. El caso es que la fase inicial de la producción de un bebé es muy intensa, exige una perfecta compenetración y una coordinación exhaustiva por parte de la pareja, que debe trabajar en equipo. Se trata de una fase que puede resultar exigente desde el punto de vista físico, pero que se puede aguantar bien porque apenas dura unos minutos. De hecho, hay quien considera que debería durar más.

Detalles operativos al margen, a estos minutos intensos y turbulentos le sigue un período aproximado de nueve meses de embarazo. Y así como en la fase inicial es muy importante la participación de ambos y se puede considerar que el protagonismo se reparte por igual entre él y ella, los nueve meses restantes es ella la que se convierte en la actriz principal de la película, y nosotros pasamos a ser extras insignificantes sujetos a sus imprevisibles cambios de humor.

¿Qué podemos hacer? En primer lugar, asumir nuestro nuevo papel de embarazado consorte. El que se niegue a aceptar la nueva realidad puede verse en problemas, así que para aquellos que quieran hacer como que la vida sigue igual que siempre, les recomiendo que cojan un papel y un lapicero y dibujen unas casitas, y unos perritos, y unos niños. ¿Para qué? Para que no les puedan decir que no pintan nada. Porque por lo demás, pintamos muy poco.

Reconozcámoslo: es justo que sean ellas las que lleven la voz cantante. La gestación del niño lleva unos nueve meses y desde el punto de vista biológico, nuestra participación se reduce a cosa de 15 minutos, siendo generosos, al principio del proceso. Un cuarto de hora sobre nueve meses —unas 40 semanas, 280 días, 6.720 horas— supone que nuestra participación directa en términos temporales afecta al 0,004% del proceso completo, mientras que ellas asumen el 99,996%.

Si en lugar de hablar en términos de tiempo, hablamos de efectos físicos, un mínimo de observación nos permite comprobar que la mujer sufre náuseas, vómitos, mareos, dolores abdominales, lumbalgias, rechazo a determinados alimentos, tiene que privarse del alcohol y del tabaco —y de todo tipo de psicotrópicos, por supuesto—, no puede comer embutidos ni jamón serrano —eso tiene que ser un cuento chino de los médicos, ¿desde cuándo el jamón serrano puede tener alguna contraindicación?—, se duerme por los rincones, no puede hacer submarinismo, ni paracaidismo, ni descenso de barran-

cos, ni *rafting*... Y además va a engordar entre 8 y 20 kilos y va a sufrir ciertas deformaciones internas, algunas de ellas irreversibles.

Por abundar un poquito más, luego viene el tema del parto, en el que nuestro sufrimiento también es ligeramente inferior: ni contracciones, ni desgarros, ni puntos de sutura, ni dolores extremos, ni hemorragias bestiales...

En esta situación, si alguno se ha sentido ofendido o marginado cuando hemos hablado de que durante el embarazo son ellas las que deben llevar la voz cantante, supongo que ahora se verá con poca capacidad argumental para defender un papel más protagonista del hombre.

En resumidas cuentas, nuestra chica se encuentra mal. Y es que tiene que ser muy incómodo que dentro del cuerpo se te genere un ser pequeñito, un parásito al fin y al cabo, que te esté provocando todo tipo de sensaciones desagradables. Muchas veces no saben si quieren comer o vomitar, si darse un paseo o si echarse a dormir, si cortarse las venas o dejárselas largas. Si ya nos cuesta entender a las mujeres en condiciones normales, el embarazo es una prueba de fuego: en muchas ocasiones no vamos a entender absolutamente nada, pero hay que apoyarlas, que se sientan entendidas, y tenemos que ponernos a su disposición. Esta conversación se puede repetir muchas veces a lo largo de las primeras semanas de embarazo; incluso dos y tres veces el mismo día:

—Me encuentro fatal, no puedo más.

—Pero, ¿qué te pasa ahora exactamente? —trato de preguntarle con dulzura.

—¡De todo! —brama ella— Esto es insufrible, me duele todo, tengo ganas de vomitar, estoy mareada, tengo sueño... Y tú ahí, fresco como una lechuga. ¡Qué injusto!

A veces de forma más implícita, pero a veces de forma absolutamente explícita, la toman con nosotros y nos apuntan con un dedo acusador: «¡Tú eres el culpable!» Otras veces no nos culpan tan claramente, pero llevan fatal no tanto lo mal que se encuentran como que nosotros no suframos al menos una parte de lo que ellas padecen. En esos momentos es cuando decimos cosas como «si pudieras pasarme tus náuseas, hija mía, lo aceptaría con tal de que tú no lo pasaras tan mal», mientras damos gracias de que la Naturaleza sea tan sabia. Si esto está planteado así, por algo será, y nosotros no podemos —ni queremos— cambiarlo.

Pero lo que sí podemos hacer es tratar de identificarnos con ellas. Por hacernos una idea, tenemos que recordar lo mal que lo hemos pasado cuando hemos sufrido una indigestión, o cuando por los motivos que sea hemos encadenado varios días seguidos sin dormir bien. Las sensaciones de molestia en el estómago o de sueño permanente nos irritan profundamente. Pues ellas se pasan en ese estado muchas horas de muchos días de muchas semanas. Mi chica lo definió una vez con gran precisión: «Es como tener una eterna resaca». Eso ya lo entendemos mucho mejor, ¿verdad? Generalmente, la tortura cesa como a los tres meses de embarazo. Hasta entonces, no

nos podemos confiar, en cualquier momento puede producirse una catástrofe en forma de arranque de ira, o de llorera inconsolable. Y nosotros tenemos que estar preparados y no perder los papeles, porque de lo contrario, a ver quién guarda la calma en las situaciones de crisis.

Conviene, por lo tanto, realizar maniobras de acercamiento a tu chica, demostrarle apoyo, cariño y comprensión. No es broma, les consuela mucho sentirse entendidas cuando se encuentran mal. En esta época es altamente inconveniente —nunca patearías un barril de dinamita, ¿verdad?— mostrarse impaciente, no colaborar o poner mala cara a sus comentarios o peticiones. Sus reacciones ante un estímulo negativo son imprevisibles. Habrá momentos de debilidad, porque los hombres somos fuertes pero nuestra paciencia no es infinita. Y en un arrebatado podemos perder el control y cometer la imprudencia temeraria de insinuarle que «estás un poco pesadita con la gaita de las náuseas, ya empiezo a cansarme de que te encuentres mal todos los días». Craso error. Lo menos que te puede pasar tras pronunciar esa frase u otra similar es que acabes durmiendo en el sofá del salón esa noche.

En esta fase es básico ganarte la confianza de tu chica y no perder nunca la perspectiva de que una mujer embarazada es un animal potencialmente muy peligroso. Tienes que conseguir que te vea como un elemento amigo; si te perfilas como un elemento enemigo, las vas a pasar canutas. Con tu chica, cariño y paciencia infinitos. La fase crítica solo dura tres meses.

A veces tiramos la casa por la ventana:

—Te voy a hacer la cena, después recogeré la cocina y, si quieres, antes de dormir te hago un masaje en la espalda.

Puede que reaccione con fingida indiferencia, pero has ganado puntos, no te quepa la menor duda. Sin embargo, tampoco conviene pasarse de la raya. La actitud de apoyo a tu pareja sí que debe ser constante, pero los *elementos especiales* hay que utilizarlos estratégicamente o dejarán de ser especiales y te podrás encontrar con comentarios como:

—Oye, anteayer ordenaste el trastero y ayer pintaste el salón. ¿Hoy qué vas a hacer?

O si te pasas con eso de los masajes:

—¿Cómo que estás cansado y que si nos vamos a dormir? ¿Y el masajito de hoy?

Y muchas otras cosas que te puedas imaginar; o no. En fin, hay que encontrar un equilibrio, un virtuoso punto medio, pero siempre manteniendo la consabida actitud de apoyo, cariño y comprensión.

En contra de lo que muchos puedan pensar, esa actitud no es una rendición. Al contrario, es una postura inteligente: tu pareja se siente feliz porque percibe tu implicación y a ti te alivia saber que estás facilitando la convivencia; es, por decirlo de alguna manera, una forma de supervivencia.

El mostrarse absolutamente dispuesto a todo lo que te pida tu chica también tiene sus riesgos. Si ella no es de fiar, como ocurre algunas veces, puede aprovecharse de

las circunstancias. Hay indicios que te pueden hacer sospechar de malas artes por su parte: si en el séptimo mes de embarazo sigue alegando náuseas para exigirte que hagas la cena, pongas la lavadora, limpies la casa y hagas la compra, mientras ella lucha contra su malestar cantando en el karaoke de la PlayStation o, peor aún, saliendo de marcha con sus amigas, es posible —aunque no seguro— que te esté tomando el pelo. Si esa actitud persiste cuando el niño ya tiene 20 años y está en la universidad, tus sospechas serán todavía más fundadas.